

## CONTINUIDAD Y PERMANENCIA DE LOS PRINCIPIOS DE LA POLITICA EXTERIOR MEXICANA

**Juan José Bremer**

**E**n 1985 se celebra el LXXXV Aniversario de la Revolución Mexicana. Qué mejor manera para conmemorar el inicio de un proceso de cambio social que mediante la revisión crítica y el balance. Más aún si este Aniversario se presenta en momentos difíciles para nuestro país.

Se ha dicho que el historiador es un profeta al revés. Sin seguir la afirmación hasta sus últimas consecuencias, podemos todos coincidir que el conocimiento crítico de la experiencia histórica ayuda a la navegación por el porvenir.

Nuestra generación tiene que ver hacia el pasado para vislumbrar el futuro, con la finalidad de participar creadoramente y no esperar a que éste se haga realidad.

Como con todas las naciones, la geografía ha sido determinante en el destino de nuestro país. Ubicado en el centro del Continente Americano, fuimos el asentamiento poblacional más numeroso del mundo precolombino. En el siglo de los descubrimientos y el inicio de la expansión de Europa, nos convertimos en uno de los grandes centros del orden colonial en nuestro continente. Frontera entre dos américas, hemos vivido la difícil experiencia de la vecindad con la emergencia histórica de Estados Unidos.

Nuestra historia se nutre de la experiencia de la conquista, de la colonia y de la lucha contra la colonia. Aunque una compleja fusión haya sido el resultado final de nuestra nacionalidad, el ejercicio de la violencia y el desplazamiento de una sociedad y una cultura autóctonas por otras de fuera, es parte de nuestra experiencia colectiva.

A este origen violento de nuestro ser nacional sumamos una difícil relación con el exterior. Desde el principio de nuestra vida independiente el mundo de fuera se nos presentó como amenaza, como intervención, como presión.

Las luchas internas que se plantean desde nuestros primeros años como nación, impiden la transformación de nuestra arcaica estructura económica y el empleo de nuestros escasos recursos para el

desarrollo de nuestro país. Estas mismas divisiones nos debilitan para hacer frente a las agresiones del exterior.

Los primeros empréstitos que entonces solicitamos son obtenidos en condiciones desfavorables; se aplican para nuestra precaria subsistencia y no para la transformación del país.

No es posible entender nuestro Siglo XIX y los 75 años del Siglo XX sin la persistente intromisión en nuestra vida interna de las grandes potencias. La reseña de las reclamaciones y las intervenciones extranjeras es capítulo medular de nuestra historia.

Nuestra política exterior se nutre, por ello, de una honda conciencia nacionalista y anticolonialista. Es esta conciencia resultado de un proceso en carne viva, de una experiencia real e irrenunciable. Quien no lo entiende así es porque no conoce el proceso de gestación de nuestro país.

Aunque la generación liberal sigue con avidez las transformaciones políticas de Occidente a partir del Siglo de las Luces y la Revolución Francesa, vivimos en esa etapa una política exterior defensiva y cerrada.

El porfiriato abre aceleradamente al país a la inversión extranjera, se otorgan concesiones para la exploración y la explotación de nuestra riqueza en condiciones coloniales.

La influencia creciente que en pocas décadas adquieren los inversionistas de ese tiempo en la industria extractiva, en la agricultura, en las finanzas y en las comunicaciones, configura un poder interno que amenaza la soberanía del Estado. La capacidad misma de legislar y administrar la nación es puesta a prueba, ya no por el amago de un ejército extranjero, sino desde el interior mismo del Territorio Nacional.

Aunque las ideas son universales y pueden desarrollarse coincidentemente en distintas latitudes, la Revolución Mexicana surge de nuestra entraña como una respuesta propia a nuestra realidad social.

La Revolución se enfrenta no solamente al orden político y económico local del porfiriato, sino a una sólida trama de intereses extranjeros en áreas clave de la economía nacional.

El cambio del poder político, la defensa del sufragio y el rechazo a la reelección constituyen un primer paso, pero el proceso revolucionario alcanzará una mayor profundidad al plantear los derechos de los campesinos a la tierra y las reivindicaciones de los obreros. La Reforma Agraria y la reivindicación de la propiedad originaria de la nación del subsuelo y de los recursos naturales, afectan poderosos intereses del exterior. Por esta razón, no obstante que nuestra Revolución consagra garantías individuales a la par que derechos sociales, da origen a un sistema mixto en que coexisten interés privado e interés público, que se genera desde adentro sin pretender influir hacia afuera, y cuyos protagonistas e ideario no forman parte de movimiento internacional alguno, encuentra desde un principio la animosidad de las grandes potencias.

En este contexto va surgiendo con Carranza la formulación de algunos de nuestros principios medulares de política exterior, el rechazo a la intromisión de un país en los asuntos internos de otro, la igualdad jurídica de los Estados, y la igualdad de derechos entre naciortales y extranjeros.

Con Lázaro Cárdenas, México vive una reanimación del proceso revolucionario; éste se manifiesta también en nuestra política exterior. La expropiación petrolera, vinculada al proyecto reivindicatorio de la Revolución Mexicana nos enfrenta, de nuevo, a poderosos intereses del exterior. México los resiste y sigue adelante.

En un tiempo de graves acontecimientos, apoyamos la causa de España, defendemos a Etiopía y protestamos por la anexión de Austria. Participamos en la Sociedad de Naciones, en defensa del Derecho Internacional y de la no intervención. Comenzamos a vivir una fase más activa de nuestra política exterior, acorde con la acelerada transformación del mundo.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, México participa con imaginación y creatividad en la configuración de la Organización de las Naciones Unidas. Quienes conocen la historia de las propuestas mexicanas para la redacción de la Carta constitutiva de este organismo, podrán apreciar que desde ese tiempo nuestro país previó muchos de los obstáculos que en el futuro se opondrían a la marcha de la institución.

El orden bipolar político, económico y militar que surge de la posguerra y la abierta confrontación en-

tre las potencias en el periodo de la Guerra Fría, viene a contrarrestar las incipientes tendencias internacionalistas surgidas de la experiencia de la guerra, e impone a las relaciones mundiales una tensión permanente que vivimos hasta nuestros días.

Al mismo tiempo, el mundo vive un formidable proceso de descolonización política en gestación desde muchos años atrás. Emergen, en unas cuantas décadas, más de un centenar de nuevas naciones al seno de la comunidad internacional. Sin embargo, este proceso de liberación política no se ve acompañado por un replanteamiento análogo en el campo de las relaciones económicas internacionales. Por el contrario, se acentúa en estos años el desequilibrio en el intercambio económico internacional. Las décadas de la descolonización son al mismo tiempo las de mayor concentración del poder militar, económico, tecnológico e informativo en unos cuantos países altamente desarrollados.

En los últimos 40 años se ha generado y acumulado más capital que en centurias. Tan sólo en dos décadas, de los años cincuenta a los setenta, se triplicó el producto mundial y en estos tiempos se ha instalado la mayor parte de la infraestructura industrial de que la humanidad dispone en los espacios geográficos de las naciones en desarrollo. El poder de las armas, de las finanzas, del comercio, de la ciencia, de la tecnología y de la información, se ejerce desde unas cuantas metrópolis.

Numerosas y elocuentes son las estadísticas de la desigualdad. La nueva expresión en nuestros días de la creciente distancia entre Norte y Sur, es el problema de la deuda. Su existencia es un testimonio incontrovertible de la injusticia de las relaciones internacionales y de la necesidad imperativa de una transformación cualitativa. No es con paliativos como podrá resolverse este problema, consecuencia de un orden irracional en las relaciones económicas mundiales que conduce, inevitablemente, a conflictos y confrontaciones.

La ausencia de una auténtica voluntad política para plantear globalmente los problemas que genera el actual sistema económico mundial, constituye el problema más importante al que nos enfrentamos.

Vemos la situación mundial sin los lastres de los intereses de las grandes potencias, y es la nuestra una concepción lúcida y penetrante, que contrasta con la estrecha visión de los grandes centros del poder.

En los últimos años, ha hecho crisis un viejo problema de atraso social e injusticia en Centroaméri-

ca. A los problemas generales del mundo que nos afectan, se suma ahora una situación explosiva al Sur de nuestra frontera. México defiende en esta zona de nuestro continente a la mejor alternativa posible para alcanzar la paz. Su posición es coherente con nuestros principios de política exterior.

Frente a tendencias regresivas, hemos impulsado la maduración del Derecho Internacional y el desarrollo de las instituciones de cooperación mundial. Hemos reconocido la complejidad de los problemas frente al peligro de la simplificación; hemos buscado la pluralidad y la tolerancia frente al maniqueísmo y la intolerancia; hemos sostenido el Derecho frente al imperio; la negociación y la acción de la diplomacia frente al uso de la fuerza; hemos propuesto la acción multilateral de los organismos internacionales frente a la tendencia a bilateralizar el tratamiento de los conflictos entre los Estados.

Nuestro nacionalismo se distingue de otros, en que no persigue expansión ni imperio. A diferencia del nacionalismo agresivo, no pretendemos que otras naciones vivan con base a nuestro propio modelo político y económico, ni sigan nuestros patrones culturales. Buscamos, por lo contrario, relaciones de respeto y amistad con otros países, sobre las bases de la diversidad del género humano.

Nuestro nacionalismo es el resultado de una larga y permanente lucha histórica de un pueblo por darse su propia forma de gobierno, por transitar su camino y vivir su identidad cultural. Estos objetivos históricos no niegan al internacionalismo. Una verdadera comunidad internacional está compuesta por un mosaico de naciones que respetan su pluralidad y sostienen relaciones de amistad y cooperación.

Nunca hemos intervenido en los asuntos de otras naciones, ni nos hemos sentido agredidos por decisiones que tomen otros pueblos en su orden interno. Por el contrario, hemos abogado siempre, por la transformación del orden jurídico internacional y la maduración de las instituciones del Sistema de Naciones Unidas.

Los principios que sostenemos: la autodeterminación de los pueblos, la no intervención, la igualdad jurídica de los Estados, la solución pacífica de las controversias y la cooperación internacional para el desarrollo, forman parte de la cultura política del mundo civilizado en una época en que coexisten altos grados de civilización y de barbarie.

Nos hemos opuesto a la irracionalidad del armamentismo, hemos ido más allá de la denuncia o de la crítica, para participar en la creación de una conciencia internacional en torno a este grave proble-

ma, así como para la concertación de una voluntad política, proponiendo iniciativas, patrocinando tratados y presionando en todos los foros para la toma de decisiones concretas.

En nuestras posiciones internacionales, hemos vinculado desarme con desarrollo y propiciado con otras naciones una visión global de los problemas del mundo, frente a quienes buscan enfoques parciales para debilitar o confundir.

En aras de un interesado pragmatismo, algunas voces piden que México arríe sus banderas y renuncie a sus principios en la escena internacional, con la finalidad de alcanzar arreglos y privilegios bilaterales.

Quienes así hablan, olvidan que una de las más importantes tareas que nuestra generación tiene para con lo que le sucede, es la de heredarle una nación erguida e independiente.

La dignidad de la política internacional de México ensancha nuestro acervo moral colectivo, forma parte de nuestro patrimonio cultural.

Si aceptamos que educar es, ante todo, inculcar valores y formar voluntades, comprenderemos bien la importancia que representa el infundir a la juventud el ejemplo que representa el acato a los principios, sobre las deleznablez conveniencias transitorias.

Ninguna ventaja de coyuntura podrá compensar la abdicación de una tradición internacional enhiesta y firme.

No hay contradicción esencial entre la defensa de nuestras convicciones y la búsqueda de legítimos avances para impulsar nuestro desarrollo. Tenemos la suficiente fuerza y estructura para negociar afuera en condiciones que no dobleguen nuestra voluntad ni comprometan nuestro futuro.

Quando se escriba la historia de estos años, si esta historia no se escribe desde el absolutismo y la tiranía, habrá de recogerse que en este tiempo en que se desarrollaron espectacularmente el conocimiento científico y la tecnología, una enorme porción del fruto del trabajo de la humanidad fue gastado en la industria de la guerra. Un millón 500 mil dólares por minuto se dedican a la carrera armamentista.

Más allá de toda argumentación estos datos nos ofrecen una visión de la irracionalidad del mundo en el Siglo XX. Aquí, en alto contraste, resalta la conducta de México en favor de la paz.

Estas reflexiones cobran especial sentido en nuestros días en que vivimos presiones contra nuestra actitud en el exterior. A ello se suma el hecho de que las sociedades en crisis tienden a veces

a hacerse más conservadoras, a cerrarse en sí mismas y a volverse egoístas. En muchos casos, las dificultades económicas inmediatas alientan visiones simplistas y autoritarias.

No debemos sumar a la gravedad de nuestros problemas, la pérdida de la visión de conjunto y de largo alcance; no serán la miopía ni la regresión histórica, sino la serenidad, la lucidez y la fuerza de carácter los atributos que nuestra generación deberá emplear para salir adelante.

No podemos permitir que el desaliento generado por errores o desviaciones nos conduzca a negar avances evidentes en otros campos de nuestra vida social. La autodenigración es la otra cara de la autocomplacencia: ambas paralizan o destruyen, sin aportar nada a cambio.

Las grandes naciones generan en sus mejores momentos instituciones perdurables y nobles tradiciones. Entre las más profundas aportaciones de la Revolución Mexicana, figuran la formulación y la práctica de una política internacional avanzada y consistente. Esta ha resistido el paso del tiempo y los embates de adentro y afuera, porque está sustentada en una experiencia histórica colectiva.

Los 75 años de la Revolución son oportunidad para el análisis crítico y el balance. No vivimos tiempos para autoelogios sino para corregir errores y desviaciones y proseguir un camino. En el balance de estos años, la política exterior de México constituye para nosotros conquista y compromiso. Mantenerla y enriquecerla en un mundo difícil es nuestro desafío.